

## XLV

### LOS TURCOS EN ADRA

Después de la guerra de los moriscos el dispositivo defensivo de la costa del reino de Granada y de las comarcas aledañas del interior seguía siendo el mismo que antes de la rebelión. Se mejoró la guarda y defensa de la tierra, situando unas compañías de caballos, de guarnición permanente, en Berja, Albuñol, Cádiar y Orgiva. Se repararon los castillos y atalayas de la costa. Las fortalezas costeras determinaban jurisdicciones, en las que se incluían los pueblos inmediatos del interior, que tenían la obligación de organizar a sus vecinos en milicias y estar prestos a bajar en su socorro al primer rebato. En los primeros años del siglo XVII las guarniciones de las fortalezas costeras y de los pueblos del interior se habían ido reduciendo hasta el extremo de que en el 1620 la guarnición de Adra contaba solamente con treinta infantes y cuatro jinetes, la de Berja con doce escuderos, la de Dalías con cuatro y la de Balerma con cinco.

Los pueblos no tenían organizadas las milicias. Las actas del Concejo de Berja, en los treinta primeros años del siglo XVII, no mencionan ni una sola vez algo relativo a dichas milicias. Cuando en el 1620 los turcos desembarcan en Adra y en Berja tocan a rebato, los vecinos tardan varias horas en reunirse, de trescientos solamente bajan a la costa cuarenta y dos, mal armados y sin munición. No estaban mejor preparados los de los otros pueblos, pues los de Ugíjar tardaron más y los del Cenete llegaron tarde.

Para el estudio de la ocupación de Adra por los corsarios turcos y argelinos en octubre de 1620 me valgo de los datos que nos proporcionan los archivos municipales de Ugíjar y Berja, de un relato de la época, im-

preso, que se conserva en la biblioteca de la Universidad de Granada y de otro, manuscrito, que procede del archivo parroquial de Adra. El relato impreso de la Universidad de Granada lo compuso el alcalde mayor de Ugíjar don Sebastián de Céspedes y Meneses, que mandó las milicias que acudieron a Adra, se imprimió en Granada en el 1624, en la librería e imprenta de Pedro de Bolívar y Francisco de Heylan. Es un folleto de cuatro folios. Me facilitó una copia mi buen amigo don José Fernández Martínez y el bibliotecario de la Universidad, la referencia bibliográfica.

El manuscrito de Adra lo compuso el sacerdote don Francisco Antonio Gutiérrez en el 1809 a base de un relato que hizo, a raíz de los sucesos, el vicario de Adra y testigo presencial el licenciado Juan Ginés de Espinosa e insertó en los primeros folios del libro de bautizos, que abrió los turcos, ya que éstos habían quemado el archivo parroquial, libro que se conservó hasta principios del siglo pasado, que desapareció. El manuscrito de Gutiérrez ocupa veinte folios, vino a manos de don Juan Antonio Martínez de Castro en el 1910, lo publicó en la Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses, recién creada por él. Hoy pertenece al notable bibliófilo y erudito don Antonio Moreno Martín.

Los dos relatos se complementan. Con ellos vamos a hilar con el mayor cuidado el nuestro. El relato de Adra dice que los sucesos comenzaron el 14 de octubre de 1620; añade las notas eruditas de que era papa Paulo V, rey de España Felipe III y arzobispo de Granada don Felipe de Tassis. Había de guarnición en Adra treinta infantes y cuatro escuderos. Manda la plaza fuerte de Adra el capitán don Luis de Tovar, hombre valiente, que frisaba en los cuarenta y siete años. Se componía el vecindario de Adra de unas cien familias. Era cura de la villa y vicario del partido don Juan Ginés de Espinosa y beneficiado de La Alquería don Diego Salcedo de Urtecho.

Los sucesos cogieron por sorpresa a todos y no fueron los corsarios los menos sorprendidos, pues no en entraba en sus planes caer sobre Adra, según declaró después uno de los corsarios cautivados. El que desató la tormenta fue el esclavo berberisco Juan de la Cerda, que aquella mañana guardaba el ganado de su amo por Guardiasviejas, cuando vio aparecer catorce embarcaciones. Cuando se cercióró de que eran africanas, se echó a nadar hacia ellas y les dio aviso de cómo la población fortificada, que aparecía ante sus ojos, «estaba desarmada y sin guarnición», les persuadió a que echaran la gente a tierra y la asaltarán, que guiándolos él, les sería fácil destruir aquella fuerza y coger buena presa.

Lo anterior lo declaró un joven turco hecho prisionero; sirvió de intérprete una esclava berberisca cristiana, de cuya fe y buena vida se tenía satisfacción. Añadió que él y sus compañeros eran de Túnez, de donde

habían salido con siete galeras reforzadas a la órden y paga del Tamoratin, turco muy poderoso y rico. Habían saqueado Ibiza y después habían venido costeando «tierra a tierra» la vuelta de Poniente. No traían intención de caer sobre Adra y no la habrían acometido de no ser por el aviso del pastor berberisco. Los otros navíos de alto bordo, que con las galeras componían una armada de catorce velas, eran de corsarios argelinos, que por casualidad se les habían juntado. Esto es del relato de Ugíjar, que recoge las declaraciones del corsario prisionero al alcalde mayor. El relato de Adra sólo menciona repetidas veces cinco galeras sin arrumbadas ni trinquetes ni parejas, por lo que los vecinos de Adra creyeron que eran de moros. Por lo visto en el asalto de Adra sólo tomaron parte cinco naves y las otras quedaron al resguardo en la ensenada de Guardiasviejas.

Las galeras aparecieron a vista de Adra al amanecer del día 14 por la punta de Levante, se fueron acercando por la playa de Balerna, pasaron la desembocadura del Río Grande y ante Adra, reconociendo la situación de la plaza y buscando el lugar más a propósito para desembarcar. A poco se humilló la capitana, pasaron las otras naves, todas volvieron la proa a levante y se encaminaron a la desembocadura del río, lugar del que recelaban por la proximidad de la torre de Montecristo y de las tapias del ingenio viejo, desde donde, de estar guarnecidos, podían fácilmente defenderles la entrada; pero como era la playa más asequible y próxima a Adra, aunque abierta a los cerrillos de Venaluquete, las galeras aproaron a tierra, desembarcaron cien hombres y permanecieron junto a la playa.

Desde que las galeras aparecieron por la punta de Balerna fueron descubiertas por algunos vecinos, que alertaron a los demás. El capitán Tovar subió a la plaza de armas a reconocer las galeras «e imbió un Sargento, llamado Andrés de Xeraz, con orden que se aproximase y revisase los navíos, que aun no se había determinado si eran Saetias o galeras, y se bolviere a toda prisa. En esto las galeras se acercaron a Adra y Tovar y los que con él estaban pudieron comprobar este extremo, aunque erraron en pensar que eran berberiscas. El capitán «imbió dos caballos para avisasen a Xerez se bolviere, como lo hizo».

A las ocho de la mañana Tovar envió un escudero a Berja, a avisar al capitán Pedro Guréndez, «que tenía a su cargo el gobierno de la gente de guerra de los partidos de Berja, Adra y Dálías», la nueva de los turcos, para que diera el rebato a las Alpujarras y tomara las disposiciones pertinentes. Tocaba a Guréndez el mando del ejército regular en el distrito de Adra y al alcalde Mayor de Ugíjar la movilización y mando de las milicias concejiles de su demarcación. El cabo de la torre de Balerna Juan Sánchez Sahagún había enviado otro soldado a dar el rebato a Dálías y Berja; emplearon tres horas en cumplir su misión.

Tovar ordenó al contador de su compañía, Juan Francisco Juárez, que reuniera a todos los hombres y mujeres de la villa y le ordenó que estuviera preparado para enviarle lo que le pidiera. Con los treinta infantes y cuatro escuderos, única gente de guerra de que disponía, salió a enfrentarse con los turcos, que estaban en Venaluquete y estorbarles que se apoderaran del ingenio viejo. Tan pronto se acercó dio una carga a los turcos, a la que éstos respondieron con otra más recia. Durante algún tiempo se cruzó entre ambos bandos un vivo tiroteo, en el que resultó herido el caballo de Tovar.

Ante la desproporción de fuerzas, Tovar dispuso la retirada a Adra, tras cuyas murallas pensó que haría más efecto con sus pocos soldados. Realizó la operación con buen orden, sin perder la cara al enemigo y sin dejar de arcabucarlo. Los turcos le seguían a la zaga acosándolo. Hizo alto en la torre de Montecristo, con intención de hacerse fuerte en ella y defender el ingenio viejo. Envío a Salvador Román a Adra a por municiones. Detuvo durante una hora a los turcos que le seguían; pero viendo que otros corsarios se dirigían a Adra y que él estaba a punto de quedar cercado, siguió la retirada, llegó a Adra, entró por Puerta Alta, dio orden de cerrar todas las puertas y de que todos se aprestasen a la defensa.

Después de las primeras escaramuzas con los soldados de Tovar en los cerrillos de Venaluquete, los corsarios desembarcaron toda la gente de guerra, unos ochocientos hombres, según la relación de Ugijar y la dispusieron en tres escuadrones, de los que uno siguió al alcance de Tovar y su gente, otro se encaminó a Adra por la playa y el tercero por el pago de la Algaida. El escuadrón que seguía a Tovar llevaba seis banderas desplegadas. Cuando Tovar se retiró de la torre de Montecristo, los turcos subieron por el cerro, en el que después se edificó la ermita de San Sebastián y se acercaron a tomar del revés las murallas de Adra. Los otros escuadrones estaban ya ante las murallas, habían reconocido las defensas y tenían preparadas tres escalas para asaltarlas.

Sobre las once de la mañana supieron en Berja la nueva de los turcos. El capitán Guréndez envió un atajador a dar el rebato a Ugijar. Ordenó tocar a rebato en Berja, para que se reuniera la milicia y sin esperar más se encaminó a Balerma con los once soldados que tenía. Al llegar a la costa, no vio las galeras; envió un soldado a la torre a preguntar por ellas. En esto, hacia Adra se oyó el fuego de una pieza de artillería, subió a una altura próxima y descubrió las galeras aproadas a tierra junto al río. Se acercó a reconocerlas y los turcos le hicieron una descarga. Más adelante encontró al cabo de Balerma con sus cinco soldados y otros, que habían bajado de Dalías con Pedro de Montoya.

El cabo informó a Guréndez de que el campo estaba lleno de moros y éste decidió darles una carga con los veinte escuderos que había reunido, para distraerlos del asedio de Adra. Consiguió desalojarlos de la loma del ingenio viejo. Entonces los turcos se pusieron en la torre de Montecristo y en la loma de la Cantarería.

Llegaron de Berja cuarenta hombres, que habían acudido al rebato. Iban casi sin munición y mal armados, pues algunos solamente llevaban las espadas. Llevaban caja y bandera plegada, que portaba Miguel Rol-dán. Guréndez le ordenó que la desplegara. Tocarón la caja y la trompeta y dieron una segunda carga a los turcos, con lo que quedaron sin munición. Bajaron al río bajo el fuego de los corsarios y se encaminaron a la loma del ingenio viejo. Montoya el de Dalías avisó al capitán que no había paso hacia los cerros. Guréndez determinó hacerse fuerte y resistir en el ingenio viejo la noche del catorce al quince.

Cuando las mujeres vieron a Tovar retirarse perseguido por los corsarios y recogerse tras las murallas, comenzaron a llorar y no había modo de calmarlas. Tovar distribuyó sus soldados y los hombres útiles para las armas por cubos y murallas, aunque no había bastantes para guarnecerlas. El se puso en el cubo de la Fuerta Alta. Ordenó al contador que las demás personas se dedicasen a hacer balas. Fue a reconocer la muralla y le hirieron en una mano, que le curaron en secreto en el castillo, para no alarmar a los vecinos. Una vez curado fue a ponerse en la torre que había junto a la cárcel.

Mientras, los turcos tanteaban los lugares más a propósito para asaltar las murallas y se tiroteaban con los que las defendían. Sus galeras se apartaron del río, se pusieron frente a la villa, sobre cuyo castillo comenzaron a disparar con toda la artillería. Respondieron los de la torre con la pieza que tenían. A poco las galeras fueron a ponerse bajo el cubo ordinario de la muralla.

Los turcos consiguieron enganchar las escalas en tres lugares de la muralla, la asaltaron y entraron en Adra. El contador ordenó que las mujeres, niños, ancianos y heridos se recogieran en la torre, cerró la puerta de la misma y sólo dejó abierto un portillo, para ir recogiendo a los que lograran llegar hasta allí. Llegó un soldado llamado Jerónimo Gutiérrez con otro compañero. Dijeron al contador que las murallas estaban desiertas y los turcos eran dueños de la villa. Les preguntó el contador por el capitán y le dijeron que no lo habían visto, por lo que los envió en su busca. Estaba Tovar apostado en un cubo sobre un portillo que daba a la rambra y viendo a los turcos dentro de Adra, fue a socorrer el castillo, lo encontraron los corsarios, lucharon con él, le hirieron de muerte y le cortaron la cabeza. Los soldados que fueron en su busca, dieron la triste nueva, que a todos causó gran sentimiento.

En la fortaleza se refugiaron los que hemos dicho y una parte de los soldados defensores de las murallas, que entraron por el portillo. «El Vicario Juan Ginés de Espinosa, antes que los moros entrasen en la villa, fue corriendo a la Yglesia y sacó el Sacramento con la custodia de plata y lo llevó a la torre y no sacó más por no haber lugar; también un hombre natural de Motril entró en la Yglesia y tomó en sus brazos a María Santísima de la Concepción y la llevó al castillo, viéndole los moros y tirándole muchos balazos, sin recibir la más leve lesión.»

«Corriendo los moros la villa, llegaron al castillo y el contador con los alabarderos hizo una ostinada defensa y cerraron el postigo y, vista la resistencia, aportaron allí los moros una porción de machos y rompieron el postigo. Entre tanto que los moros se ocupaban de romper la puerta, el contador y alabarderos se subieron a la torre, que tenía unas veinte varas de altura y era muy fuerte, donde estaban ya recogidos todos los viejos, mujeres y niños, con las alhajas que se había podido sacar antes de entrar los moros y se hicieron aquí fuertes, quedando esto solo por ganar al enemigo; no hubo lugar para derrivar de todo punto el puente, pero estaba medio deshecho.»

«Entraron los moros sumamente alegres y con grande algazara, se fueron a la plaza de armas, se apoderaron de la culebrina y pusieron también su vandera». Entraron en esta plaza por unos almacenes y rompieron la puerta. Se llevaron la culebrina y siete tiros pedreros y dejaron clavados los más grandes.

Tomaron el gobierno de la torre el contador Juan Francisco Juárez, el alcalde Rodrigo Segado y Juan de Villalobos. Los moros atacaron la puerta de la torre, subidos en los canes, que habían quedado del puente levadizo e intentaron quemar la puerta con haces de esparto. Los defensores de la torre se lo estorbaban, metiendo sus picas y alabardas por debajo de la puerta y por los agujeros, que había hecho adrede en ella. Las mujeres les tiraban piedras desde lo alto de la torre. Los turcos se apartaron, dieron una descarga sobre la puerta con la culebrina y la destruyeron, con lo que la entrada a la torre quedó abierta. Murió una mujer y otras dos quedaron heridas.

Los turcos no se atrevían a entrar en el primer piso de la torre, porque desde lo alto de ella les tiraban piedras. Al fin entraron y sacaron cuanto había en él. Fue milagroso que, estando la custodia con el Santísimo puesta en un rincón de esta planta, los turcos no la vieran. Los corsarios se prepararon para asaltar las otras plantas de la torre y los defensores derrivaron los tabiques y tablados y con ellos cerraron los accesos. Los turcos hirieron a algunos de los que se empleaban en estos trabajos.

«Era de gran contento para el contador Juárez verse todavía libre y la gente tan animosa. Comenzaron los defensores a tirar sobre los turcos con el falconete desde lo alto de la torre; la munición con que cargaban el falconete eran balas pequeñas y pedazos de hierro, por no haber otra cosa y aun así, solo pudieron hacer cinco tiros. Estaban confiados en la ayuda que les pudiera venir de los pueblos inmediatos. Los turcos echaban mano de todos los medios para sacar a los defensores de la torre y daban cada vez menos esperanzas de retirarse; pero no se acercaban por miedo de las piedras que tiraban los defensores».

Eran más de las dos de la madrugada, hacía una luna muy clara; los turcos tiraban con sus escopetas y mataron a un soldado e hirieron a otro de los que defendían la torre desde lo alto. Entonces los turcos tiraron contra la torre dos tiros con la culebrina y viendo que esto tampoco les aprovechaba, la clavaron y no usaron más de ella. Los defensores desde las saeterías de lo alto tiraban contra los turcos y les hicieron doce bajas. Así pasaron toda la noche sin descansar en los ataques y en la defensa. Los turcos habían dejado cuatrocientos hombres en la villa atacando la torre y saqueando la población y el resto lo habían llevado a hacer frente a Guréndez».

El aviso de Guréndez llegó a Ugíjar a media tarde. El alcalde mayor, don Sebastián de Céspedes, mandó pregonar que todos los vecinos acudieran con las armas so pena de muerte. Bajo la misma prevención envió seis hombres a los pueblos de su jurisdicción ordenando la movilización de las milicias concejiles. Todas debían salir hacia Berja cuanto antes y aquí recibirían instrucciones, para bajar sobre Adra, que estaba en peligro de perderse a manos de los turcos.

Reunidos poco después los primeros cien hombres de Ugíjar, llegó un segundo aviso de Guréndez de que los turcos habían echado a tierra ochocientos hombres y sin esperar más salió hacia Berja, dejando ordenado que los demás hombres de las milicias concejiles de Ugíjar y de los otros pueblos le siguieran tan pronto estuvieran reunidos. Al llegar a Peña Horadada (Peñarrodada), a media legua de Berja, recibió un tercer correo de Guréndez, que avisaba que los turcos habían entrado en Adra y le instaba a que apresurase la marcha, para que con su presencia y socorro impidiese la total destrucción y de más de trescientas personas que se habían hecho fuertes en la torre de la fortaleza.

Llegó el alcalde mayor a Berja a las nueve de la noche y, sin dar descanso a la gente que llevaba, la confió al mando del cabo y regidor de Ugíjar, Francisco Guerra y la envió a Adra, adonde ésta fuerza llegó sobre la una de la madrugada.

El capitán Guréndez pasaba la noche en la loma del ingenio viejo, en el lugar conocido por la Rabbitilla, sin poder acercarse a Adra por la poca gente y ninguna munición que tenía y defenderle el paso un fuerte escuadrón de cuatrocientos turcos. Desde este lugar oía y veía lo que pasaba en Adra. Se limitaba a reunir los hombres que le llegaban de los pueblos vecinos y preparar con ellos un asalto por si podía desalojar a los turcos de sus posiciones.

Francisco Guerra quiso entrar en Adra con sus cien hombres. Guréndez le disuadió avisándole que los turcos tenían más de cuatrocientos hombres en las murallas y tres puestos de guardia, uno fuera de los muros y los otros dos en las puertas Alta y del Mar. Decidieron esperar el día. Durante la noche se unieron a Guréndez unos quinientos hombres. Con alguna gente llegó el cura de Berja Juan Fernández de Biedma. Guréndez y varios soldados le rogaron que los confesase. El sacerdote quiso quedarse; pero todos le rogaron que se volviese a Berja.

Amaneció el día 15. Las galeras se movieron juntas, se acercaron a las murallas y combatieron el castillo con toda la artillería y la escopetería. Los de la torre les tiraron con el falconete y lograron averiar una galera, que perdió el espolón y le fue necesario cañatear sobre la marcha. Volvieron a la boca del río.

Guréndez ordenó a Francisco y a los demás cabos que dispusieran los caballos para dar una carga a los turcos y en esto llegó el alcaide mayor con más socorros. Las galeras desembarcaron en la desembocadura del río otros doscientos hombres, que con los que ya había en tierra se ordenaron en escuadrones y desplegaron una bandera azul.

Los turcos comenzaron a tirar sobre los hombres de Guréndez y las galeras hacían lo mismo con la artillería. Algunas milicias concejiles, viéndose atacadas y sin munición, comenzaron a huir a la desbandada. El escuadrón de caballería y cien vecinos de Berja mandados por el sargento Francisco de Lupión sostuvieron este primer ataque de los turcos y pararon la huida de los demás y con gran esfuerzo ocuparon el liano que se abría tras el ingenio.

Llegó un soldado con pólvora, que se repartió a dos cargas por arcabuz; aún así, sólo hubo pólvora para un reducido número de arcabuceros. Los demás hombres sólo tenían para luchar picas y espadas. Llegaron las milicias concejiles de Laujar, Fondón y el Presidio (Fuente Victoria) con el cabo Juan Rodríguez.

Se ordenó la gente para un ataque a fondo, del que lo fiaban todo. Guréndez y el alcaide mayor se pusieron al frente de la caballería y cada cabo con su escuadrón. Tocaron la caja y la trompeta llevadas de Berja.

Los cabos clamaron el Santiago y todos con espadas y lanzas cayeron con tal coraje sobre los turcos que éstos, que no esperaban ataque tan impetuoso, salieron huyendo y revueltos con los atacantes cayeron al río, donde los cristianos alcanzaron una total e inesperada victoria. Los turcos que pudieron se echaron al mar y buscaron a nado las galeras, muchos, heridos, no pudieron llegar a ellas y se ahogaron, otros, peor heridos, buscaron refugio en los cañaverales donde murieron.

Liquidada esta fuerza turca de un modo tan radical, una parte de la caballería y de los escuadrones concejiles marchó sobre Adra. Los turcos, espantados por lo ocurrido a los suyos en el río, abandonaron Adra, se echaron a la mar y buscaron refugio en sus naves, que se movían desde el río para recogerlos y protegían su retirada con continuas descargas de escopetería sobre sus perseguidores.

La victoria fue completa. En todas partes aparecían cadáveres de turcos, por acequias y cañaverales los de los que se habían refugiado en ellos, en las playas los de los que, mal heridos, no habían podido alcanzar las galeras. El capitán Guréndez y el alcalde mayor entraron victoriosos en la desolada Adra, «donde fueron recibidos de los de la torre con mil aclamaciones y vivas, entraron por la Puerta Alta muy ufanos y llenos de victoria». Ordenaron descubrir la puerta de la torre y que salieran primero las mujeres y los muchachos. Por si los corsarios volvían a dar sobre Adra, encargaron a los escuderos que en las ancas de sus caballerías llevaran a Berja a las mujeres, los niños, los ancianos y los heridos.

Pasaron luego a reconocer la población. Encontraron el cadáver del capitán Tovar entre otros trece soldados y dos mujeres, despujados y desnudos, los llevaron a enterrar en la iglesia, que hallaron en ruinas, los ladrillos levantados y rotos, los altares destruidos y por tierra, la sacristía quemada, los crucifijos y las imágenes, entre éstas una de San Nicolás, rotos a cuchilladas, tirados por el suelo y pisoteados, los bancos, sillas, confesionarios, «el archivo de los libros» y cuanto había de madera, quemado, y las paredes deshechas por muchas partes. El cura don Francisco Antonio Capilla, que en el 1744 encuadernó el primer libro de Visitas, dice en una introducción que le añadió, que los turcos destruyeron el archivo parroquial y que solamente se salvó este libro, que aún se conserva.

Se salvaron de la profanación el Santísimo, que el cura llevó a la torre y la imagen de la Purísima, que rescató un hombre de Motril. Se llevaron los ornamentos, cálices y alhajas. Bajaron las campanas, se llevaron las dos pequeñas y la grande la dejaron tirada en la puerta de la Mar. La tarde y noche que fueron dueños de Adra, el templo les sirvió de cuartel; «cocieron pan y asaron en él las gallinas que hallaron y a todo pegaron fuego y con tales deseos que a no ser bóveda, quedara irremediable,

porque aun para asolar mejor la sacristía, metieron en ella los escaños, mesas y cajones, que encendidos, convirtieron en cenizas hasta los enlucimientos de yeso».

La población aparecía en ruinas. Todas las casas tenían las puertas rotas y estaban saqueadas, muchas destruidas y con los techos hechos pedazos. Donde no encontraron qué robar, pusieron fuego y destruyeron lo que no les sirvió. Por todas partes aparecían cadáveres de cristianos y de turcos, éstos en mayor número. Las calles estaban llenas de animales muertos, «porque ni aun quiso perdonar su infernal furia aquella rusticidad y así no quedó vivo perro, gato, lechón, caballo, mula ni jumento, alcanzándose a todos la desventura de sus amos». Los cadáveres de los cristianos fueron enterrados, los de los turcos y animales fueron arrojados a la mar «temiéndose su contagio».

En el ingenio los turcos quemaron «la boladera y sacaron todo el azúcar, miel y demás efectos, que allí hallaron». Se calculó el daño hecho en él en ocho mil ducados. De la artillería de la torre se llevaron «cinco esmeriles y dos berracos». Hicieron pedazos las cerraduras de los tres almacenes del grano. Rompieron una de las puertas de la villa, se llevaron el cerrojo de la puerta de la Mar y desquicieron Puerta Alta. Guréndez mandó quemar las tres escalas que utilizaron los turcos para asaltar las murallas, «que eran muy buenas, largas y de encage».

Las galeras tomaron la vuelta de la punta de Carchuna «y allí se juntaron con otras cinco, que parecían también de moros, y estuvieron grande rato». «Pensaron los turcos —dice el relato de Ugíjar— cuan poca y falta de munición era la gente, que les había hecho perder tan fuerte lugar» y, reparadas las galeras y vueltas las proas, volvieron a acercarse a Adra, «dando cada galera cavo a una nave, puestas en orden de batalla, quitaron las velas mayores».

Guréndez y el alcalde mayor, que observaban estos movimientos con mucho temor, pues, aunque tenían más de mil hombres, no tenían munición, pensaron que los turcos con nuevo refuerzo volvían a tomar venganza de lo pasado. Para hacer frente a un segundo desembarco, el capitán ordenó que en el castillo quedaran cien hombres, a cada uno de los cuales hizo subir una piedra. Situó un escuadrón en el cerro de Montecristo y otro a poniente de Adra y él se puso entre ambos con la caballería. El alcalde mayor hizo que Francisco Guerra y Martín Román, escribano de Ugíjar, llevaran la gente desfilando de uno en uno por los cerros cercanos, para aparentar más fuerza de la que tenían y disuadir a los turcos, porque si volvían a atacar, no tenían munición para rechazarlos.

Las galeras pasaron a poniente. A las cinco de la tarde volvieron proa y se acercaron a Adra «con tales algazaras y denuedo» que parecía que

venían a desembarcar. Como Guréndez contaba con otros mil hombres, que acababan de llegar, les hizo desfilar por los cerros con la misma estratagemata. Las galeras dispararon la artillería contra el escuadrón que estaba a poniente de Adra y dos balas cayeron entre los soldados sin causarles más daño que llenarlos de tierra. Los soldados se atrincheraron en unos cerrillos y la caballería se amparó en una cañada. Los navíos tiraron al castillo, que les respondió con un falconete, que tenía rota la cureña, una sola rueda y el eje por el suelo y como no había munición, lo cargaban con piedras.

Puesto el sol, las naves se apartaron de tierra; pero no se hicieron a la mar hasta las once de la noche, las galeras fueron a poniente y las naves a levante, «todas con mucha música de chirimías y trompetas y el día siguiente, viernes, dieciséis, se descubrieron todas juntas en el paraje de Castill de ferro y punta de Carchuna, dexando de todo punto de afligir la villa de Adra, porque no bolvieron más».

Dicha noche montaron las guardas con el cuidado de que el enemigo pudiera volver. El alcalde mayor se despidió de los cabos, a quienes agradeció su concurso y con las mujeres y heridos se fue a Berja, «donde cristiana y piadosamente fueron recibidos y aposentados, gastando lo restante de la noche en bastecer y vituallar el ejército con tanta diligencia que, aunque esto hubiese sido por muchos días prevenido en almacenes, no se pudiera haber conseguido con tanta presteza y abundancia».

El día 16 el alcalde mayor formó en Berja una junta «de capitanes, soldados viejos y eclesiásticos de buen celo», para ir resolviendo los problemas que aún pudieran presentarse. De Adra vinieron avisos de estar prevenidos «por estar todavía barloventeando a la villa los enemigos» y se enviaron socorros y bastimentos.

Por la tarde se recibió la noticia de que las milicias de paterna y Laujar se habían peleado entre ellas y que los había aquietado Guréndez, que con el parte enviaba a los culpables. El alcalde mayor, «temeroso de que en tan apretada ocasión no sucediesen, dejando éste sin castigar, otros motines, mandó hacer una horca y rodeándola de muchos arcabuceros, sin esperar los términos y dilaciones del derecho, al uso de la guerra, los mandó al punto ahorcar, si bien dejándose vencer de algunas personas graves, remitió por entonces el rigor de la pena, reduciéndola a fuerte represión, con lo que no fue necesario otro más duro amago, para tener a todo el ejército quieto y reprimido».

Aquella tarde llegaron cuatrocientos hombres del marquesado del Cenete, que traían por capitán a su gobernador Gregorio de Biertos y por cabo a Francisco de Uribarri. Entraron «en Berja a boca de noche y pareció maravillosamente». Se dio a todos un refresco y a los oficiales apo-

sento. A las once de la noche llegó aviso urgente de Guréndez de que el enemigo había vuelto y los cañoncaba con las proas a tierra. Salieron en socorro los del Cenete y llegaron al amanecer a Adra, «donde fue tan bizarra la demostración y despejo con que dio vista al enemigo, que por los efectos se conoció le había atemorizado, pues al poco rato alzó velas y se retiró la mar adentro». Esta vez los corsarios se retiraron definitivamente hacia Motril y saquearon en su camino «dos navíos de bacalao y otros de dátiles y mercaderías», que se toparon.

Alejaó el peligro, guarnecida la plaza con cien hombres y mandadas retirar a sus lugares las milicias concejiles, el alcalde mayor volvió a Ugijar, donde fue recibido «por un escuadrón de trescientos soldados con luminarias y regocijos, entró en ella en medio del licenciado don Juan Pérez de la Cámara, abad mayor, canónigos y personas graves de su Audiencia, y habiendo entre el sonoro repique de las campanas llegado a la iglesia, y cantándose en ella con alegre música el Te Deum laudamus, dio fin a esta jornada y despidió a la gente».

Acudieron a esta acción más de dos mil hombres de la Alpujarra. De Berja fueron cien con caja y bandera, llevaron como capitán al regidor perpetuo Francisco Pérez de Lipuerca, de alférez a Miguel Roldán y de sargento a Francisco Lupión; dice el relato de Adra que «esta partida de Berja perseveró siempre con el mayor ardimiento y obediencia a los jefes». De Dalías vino una escuadra con Diego Martín Lirola como cabo. La escuadra de Ugijar la mandaba Francisco Guerra. Las de Laujar, Fondón y El Presidio estaban mandadas por Juan Rodríguez.

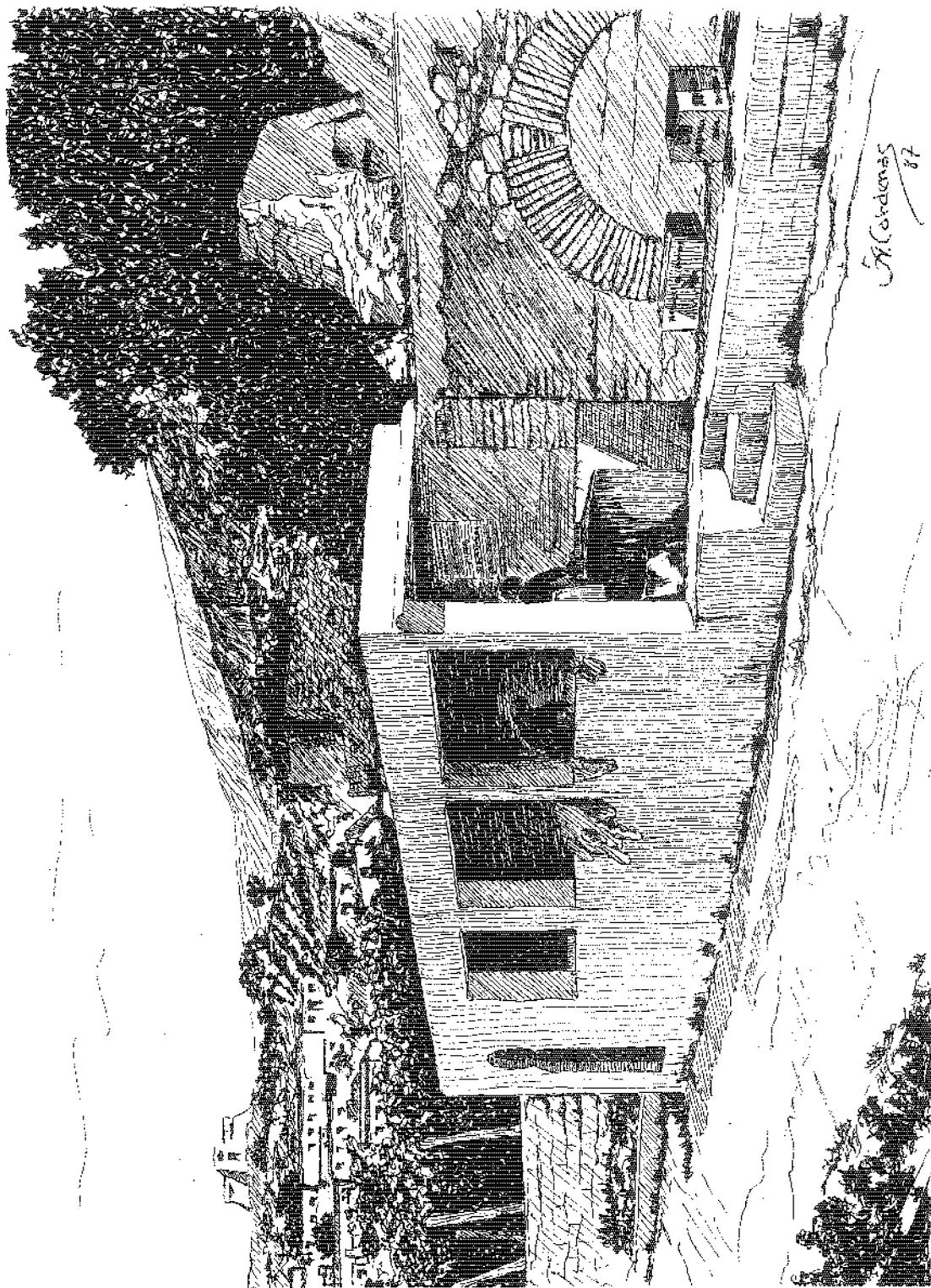
El consejo que asistió al alcalde mayor estaba formado por Juan Pérez de la Cámara, abad de la colegiada y Luis Quijada, canónigo de la misma y los licenciados Oliver y Juan Fernández, beneficiados de Berja, el ldo. Francisco de Morales Valdivia, beneficiado del Presidio, que con su persona y hacienda atendió a los heridos.

Faltó la munición y la pólvora, porque no se habían cumplido las ordenanzas reales al respecto. Para solucionar este problema, «el alcalde mayor recorrió las casas de Berja y requisó el plomo y el estaño, que encontró, y hasta las caquelas de hilar seda, y mandó fabricar baías». En toda la jurisdicción solamente se encontraron seis libras de pólvora, además de la escasa dotación de las mermadas compañías de Adra y Berja.

Lo que más impresionó a los corsarios fue la caballería «por su animosidad, constancia y destreza». De ella se distinguieron el capitán Pedro Guzendez de Salazar, el alférez Celedón de Enciso, el sargento Francisco Lupión, el cabo de la torre de Baierma Juan Sánchez de Sahagún, el cabo de los escuderos de Dalías Pedro Montoya, los trompetas Juan Martínez y Francisco Montoya y los escuderos Juan Muñoz, Martín Lirola, Pedro

Sánchez, Francisco Céspedes, Gabriel de Villarias, Terencio Iniguez, Andrés Villegas, Silvestre Figueredo, Juan Gutiérrez, Francisco Sevilla, Juan García, Gregorio López, Pedro Lupión, Juan de los Reyes, Alonso de Murcia, Hernando Sevilla, Juan Ximénex, Francisco Martín, Cristóbal de Raya, Alonso López, Pedro Ruiz Medrano, Pedro Sánchez, Lorenzo, López, Diego Bridones, Bernabé Lorca, Antonio Villalobos, Juan Garrido Zarrío, Manuel Gallegos, Ginés Galbán, Juan Martín Aranda, Ginés González, Juan Caro, Miguel Sánchez, Antonio López, Mateo Carranza, Juan Barranco y Diego de Toro Enciso.

Adra quedó muy destrozada, sus defensas y la torre del castillo necesitadas de reparos. Murieron más de cien turcos sin contar los que después arrojó la mar y los que aparecieron en los matorrales de Venaluquete. De los defensores de Adra murieron diecisiete y dos mujeres y resultaron heridos veintidós. Fueron los muertos el capitán Luis de Tovar, el cabo Hermes Barranco, los soldados Juan Martín Armenteros, Mateo Gutiérrez, Carlos Cebrián, Juan Ramírez, Domingo Martín, Antonio Ruiz, Pedro Gutiérrez del Pozo, Miguel Martín, Melchor de Reyes, Cristóbal García y Pedro Martín, guarda de la torre de Alhamilla. De Paterna hubo un muerto y de Ugíjar tres heridos.



J. A. Cordero  
87